

Una miniatura del "Maqamat", de al- Hariri, con una escena de parto (Biblioteca Nacional, París).

Sociedad y economía en el mundo islámico

por ANTONI JUTGLAR

El enfoque excesivamente unilateral del proceso histórico de la humanidad, centrado entre nosotros, por motivos muy explicables, en la historia de Occidente, ha arrinconado grandes parcelas de la realidad histórica del mundo, entre ellas las que hacen referencia al mundo islámico. Sin embargo, un planteamiento serio de la Historia no puede prescindir de los datos y la importancia que representa, en la realidad de la existencia humana, el papel del Islam. Máxime cuando las realizaciones y el impulso de lo musulmán ayudan incluso a rellenar una serie de vacíos y carencias del mundo occidental, que en el presente ocupan un lugar destacado del panorama mundial.

Al derrumbarse el antiguo Imperio romano, que a través de su *Mare Nostrum* había sostenido un auténtico comercio ecuménico o universal, los nuevos estados no acabaron de yugular dicha realidad hasta etapas muy posteriores. Entonces, alrededor del siglo VIII, el expansionismo musulmán, partiendo de Arabia, había creado las condiciones para un futuro ámbito de circulación económica de grandes proporciones que iba

Ilustración para un poema persa del siglo XVI que representa una escena de danza y música en la corte de un rey musulmán con ocasión del matrimonio de sus tres hijas, que aparecen arrodilladas sobre artísticas tarimas decoradas (Museo Condé, Château Chantilly).



desde el sur de Europa al centro de Asia, pasando por África del Norte y otras regiones de Asia. Por ello, cuando el conjunto de Europa occidental, traumatizado por las oleadas sucesivas de invasiones bárbaras, sin encontrar aún los caminos claros de su organización social y política, podía contemplar en una vecindad muy próxima (la de la España musulmana, por ejemplo) el relativo equilibrio y la estabilidad social del mundo islámico, junto con el florecimiento extraordinario de la vida económica, esta misma Europa trató de aprovechar de mil maneras distintas, desde fórmulas pacíficas a montajes belicistas, las ventajas de todo tipo que ofrecía el emporio islámico.

Así pues, si bien es cierto, siguiendo los razonamientos de grandes historiadores como Dopsch o Pirenne, que la vida económica del antiguo "universo" romano quedó colapsada al separar los musulmanes la parte oriental y la occidental del Mediterráneo, hasta que el movimiento de las Cruzadas no volvió a restablecer un contacto más o menos estable y rentable entre Occidente y Oriente, no puede negarse, desde otro punto de vista, que el conjunto extensísimo del mundo islámico desempeñó un papel de puente entre el antiguo mundo romano y el naciente mundo de Europa occidental, especialmente a través de España.

En efecto, dejando aparte los testimonios de Juan de Gorz o de personajes parecidos en la época carolingia que reconocen la magnificencia de Córdoba, extraordinaria ciudad musulmana, frente a los pequeños burgos o las miserables ciudades de una Europa cristiana que se encontraba muy lejos de realizar un desarrollo socioeconómico de considerables proporciones, lo importante es señalar que en dicha Europa occidental los movimientos de recuperación fueron facilitados por el contacto y la proximidad de una sociedad y una economía florecientes, que contaban con abundancia de moneda y con productos de todo el mundo conocido. En este sentido, rompiendo viejos tópicos, la realidad musulmana no sirvió para aislar completamente a Europa occidental, sino que ofreció una plataforma favorable para

llenar una serie de vacíos y para suplir parte de las carencias originadas por el hundimiento del Imperio romano de Occidente y por la incapacidad primera de los nuevos núcleos occidentales por organizarse de una forma madura y adulta. La influencia de lo musulmán sobre lo europeo fue, según veremos, sumamente importante, tanto a partir de las vías de penetración hispanas como italianas.

Dominando territorios del interior de Asia, norte de África y regiones importantes de Europa, como España, la "ecumene" islámica, que sin duda tenía puntos débiles a causa de su misma extensión y variedad de regiones dominadas, poseía, desde el punto de vista económico, una plataforma de riqueza muy variada y con grandes posibilidades de movilizar un tráfico mercantil de extraordinarias dimensiones animado por la proximidad y competencia de Bizancio y sostenido por la realidad de una potente base monetaria.

Se ha repetido mucho que la civilización árabe, como antes la romana, era una realidad mantenida básicamente sobre la agricultura. Pero cerrar la observación del fenómeno económico musulmán sobre esta perspectiva no sería solamente una labor parcial, sino que impediría la comprensión de un dinamismo social y económico, en el que desempeñaron un papel importante algunos núcleos de población, islamizada o no, que tradicionalmente se habían dedicado a actividades mercantiles: sirios, persas, judíos... Dejando aparte otros factores, la inclusión de los factores de población mencionada abrían de por sí un campo importante al tráfico mercantil, animado por una navegación de envergadura y por una vida de negocios caravaneros de extraordinaria importancia. Así, animado especialmente por la



Puerta de acceso a la kasbah o alcazaba de Fez, el recinto amurallado que en las ciudades árabes alberga la guarnición militar. A su entrada, unos grupos de árabes en pasiva indolencia.



Miniatura del "Maqamat", de al- Hariri, que representa una escena de esparcimiento en la taberna (Biblioteca Nacional, París). Arriba, dos musulmanes beben, servidos por un criado que recoge una vasija del piso inferior. Abajo, los dos personajes centrales conversan y beben arrullados por la música del laúd, mientras a la derecha dos esclavas pisan la uva y filtran el mosto.

acción de sirios y judíos, el comercio desempeñó un papel importante en la vida económica del Islam, que controlaba, entre otras, la ruta que por Siria y Mesopotamia conducía al golfo Pérsico y de allí a la India y China. Del mismo modo se penetró en el interior de África, se intercambiaron productos con europeos y se crearon en las grandes ciudades emporios de comercio de legendario esplendor y de extrema importancia.

Pero no fue la conjunción de lo agrícola y lo mercantil el único rasgo que caracterizaría durante siglos la "ecumene" musulmana, sino que el mundo islámico, rico y poderoso, poseedor de un sistema monetario de estabilidad y envergadura notables, animó todo tipo de inversiones tendentes a incrementar, por una parte, la explotación minera, en especial en búsqueda de metales preciosos, y, por otra, la inversión en diversos campos de actividades industriales o artesanas. En este sentido se activaron diversos sectores de la vida textil (producción variadísima de tejidos de muy diverso tipo y calidad) e industrial (fabricación de armas, de objetos de cuero y vidrio, del papel y de múltiples tipos de cerámica, junto con la in-



Fragmento de una miniatura persa en que aparece un rico musulmán comiendo servido por dos esclavos magníficamente ataviados (Museo Británico, Londres).

vención de diversos ingenios que tendrían difusión en todo el mundo).

El mundo de las actividades que acabamos de esbozar dibujan, en conjunto, no sólo la realidad de una vida económica de gran impulso y envergadura, sino la existencia de una sociedad mucho más compleja y cosmopolita de lo que podría dar a entender el mero análisis de los esquemas integristas que dibujaba la organización social coránica.

La actividad agrícola musulmana es la que mayormente han venido destacando, durante siglos y siglos, los cronistas e historiadores del mundo árabe. Evidentemente, la organización sociopolítica coránica y las plataformas anteriores de otros tipos de civilización venían favoreciendo la gran importancia de lo agrario dentro del complejo musulmán. En realidad, al igual que antes hemos señalado respecto a Roma, la base de la civilización y la economía musulmanas fue sin duda la agricultura. En este sentido, los árabes, si bien no fueron grandes innovadores, supieron aprovechar las mejoras de los pueblos por ellos dominados y las divulgaron, al tiempo que sacaban gran provecho de las mismas. Esto ocurrió, por ejemplo, con las norias y demás formas de regadío para aumentar el rendimiento de los terrenos cultivados. Al mismo tiempo extendieron muchos cultivos, como el algodón, la caña de azúcar, el arroz, el limonero y la palmera. Preocupados por las actividades agrícolas, no solamente destacaron en los aspectos decorativos de las mismas, como pueden ser los jardines, sino que fomentaron la invención y generalización de ingenios sumamente rentables y productivos, como el molino de viento.

Vale la pena, sin embargo, que se concreten algunos puntos de la cultura agraria musulmana para comprender la posterior evolución de muchos sectores del mundo islámico. Algún ensayista musulmán, como Essad Bey, ha escrito que el "Islam es el desierto", pero en realidad dicho desierto, o mejor dicho, este conjunto de desiertos tiene, entre otras características, la de ser un "continente intermediario" que pone en relación enormes y extensas regiones y pasa de unas a otras tipos de cultivo, variedades de riego, formas de cultura agraria, que ten-

Recipiente iraní del siglo X que adopta la forma de un músico tañendo su instrumento (Staatliches Museum für Völkerkunde, Munich).



EL COSMOPOLITISMO MUSULMAN Y SUS REPERCUSIONES ECONOMICAS

Los primitivos núcleos árabes, que entraron muy pronto en contacto con el abigarrado y polifacético mundo del Imperio persa, de los territorios egipcios y de las viejas posesiones romano-bizantinas de África del Norte, aprendieron con facilidad las ventajas derivadas de la integración en una realidad político-económica que no pretendiera la absoluta asimilación y uniformización de sus componentes. En poco tiempo, asimismo, las aventuras expansivas islámicas que penetraron en Europa, principalmente en España, y en el corazón de Asia acabaron de dibujar la realidad compleja de núcleos muy varios, con costumbres y formas de ver las cosas muy distintas, y acabaron de decidir a los dirigentes islámicos a adoptar una posición muy abierta y tolerante respecto a la inmensa cantidad de súbditos que formaron parte del Imperio islámico.

De todo ello nació un auténtico cosmopolitismo social que sirvió de plataforma meramente operativa y positiva para el desarrollo de la economía musulmana en la época de florecimiento y expansión imperialista islámica. En efecto, la mezcolanza y variedad de elementos que formaban parte del complejo musulmán, en el que se encontraban núcleos tan propensos a las actividades mercantiles como los sirios, los judíos, los egipcios y los persas, otorgó al complejo imperialista musulmán una capacidad de tolerancia y de maniobra que constituyó un firme puntal para las relaciones económicas no sólo entre los miembros del amplio "universo" islámico, sino que facilitó la posibilidad de comerciar y sostener relaciones mercantiles, de carácter más o menos duradero, según los casos y circunstancias, con núcleos no musulmanes, tales como Constantinopla, Venecia, Génova, etc.

La realidad de esta activa vida mercantil, fundamentada sobre una ductilidad cosmopolita que superaba la estricta visión de un mundo de "fieles", según la letra del Corán, permitió al mundo musulmán, en la época de su mayor florecimiento, convertirse en una impresionante potencia económica, que heredó las características "universalistas" del antiguo mundo romano y permitió la equilibrada función de una agricultura en pleno apogeo junto con un nutrido comercio urbano, que conoció emporios tan característicos y tópicos como Bagdad, Damasco, Alejandría o Córdoba. Al propio tiempo, la mencionada ductilidad cosmopolita musulmana, complementada con una floreciente plataforma económica, sirvió de puente apto para la mezcolanza y función de elementos de cultura muy distintos, que constituyeron buena parte del acervo cultural musulmán, al propio tiempo que, junto a la actividad de mercaderes y caravaneros, sirvió para la transmisión al nuevo mundo medieval europeo de elementos fundamentales de la cultura antigua o para informar, a esta misma Europa creciente, de realidades orientales más o menos exóticas.

En definitiva, un análisis desapasionado y objetivo del complejo mundo musulmán con su mosaico de pueblos, razas y costumbres, su capacidad de tolerancia, su mezcolanza de saberes y tradiciones, nos demuestra no sólo la estrecha relación existente entre la base cultural y las realidades económicas, sino que además presenta de forma meridiana la positiva lección de que una tolerancia y un cosmopolitismo bien asentados en un conjunto general determinado, en este caso el mundo imperialista islámico, constituyen factores meramente rentables no sólo para el desarrollo de la vida económica de un amplio núcleo territorial, sino que juntamente con este desarrollo de la vida económica presentan condiciones inmejorables para el mantenimiento y la difusión de realidades culturales de tipo muy diverso que, al igual de lo que ocurría con el comercio y la vida económica general, traspasaban con mucho las fronteras estrictas del conjunto territorial en que se encontraban asentadas.

Por ello, la lección de tolerancia, de cosmopolitismo, de expansión económica y de difusión cultural que caracterizan la fase más floreciente de la civilización islámica constituye uno de los argumentos más definitivos para demostrar que, a pesar de los mil comportamientos externos en que pueda aparecer dividida a los ojos del observador no especializado, la verdadera historia de las sociedades humanas presenta una línea y una vocación de unidad innegables, de gran valor y que superan esquemas de creencias, razas, continentes, costumbres y enfrentamientos ideológicos.

La lección del cosmopolitismo musulmán, en los campos social, económico y cultural, constituye, sin duda, una de las muestras inequívocas y positivas del planteamiento antedicho, que no trata más que de demostrar que por encima de mosaicos más o menos definidos la historia general de la sociedad humana persigue unos mismos objetivos de unidad, más o menos claros, según las épocas y circunstancias. Y en todo caso, el fenómeno particular, en este caso, el espíritu relativamente abierto del mundo musulmán, favoreciendo las actividades económicas generales, representa una aportación positiva al desarrollo de la humanidad. Un desarrollo en el que el progreso social y espiritual es inseparable del progreso económico.

A. J.

drán éxito mayor o menor según los puntos geográficos, y que se hallan, como veremos más adelante, en función de los aspectos "desérticos" que acabamos de apuntar.

Por ello no es de extrañar que en el mundo islámico no se encuentren grandes innovaciones agrícolas, aunque en diversos puntos geográficos fuesen importantes y decisivas, ni tampoco que la vitalidad y permanencia del florecimiento agrario fuese demasiado breve y precario en determinadas regiones. Los aspectos referentes a lo "desértico" debían tener y tuvieron en muchos casos un papel determinante.

En primer lugar, para explicar la vitalidad mercantil musulmana es preciso recordar la vieja idea de que "el mar pertenece a quien lo surca". Así, durante siglos, en el Mediterráneo, en el mar Rojo, en el golfo Pérsico, en el mar Caspio y en el océano Índico, la navegación musulmana fue algo predominante. Durante siglos y siglos nadie pudo competir con los lucrativos negocios de los musulmanes en diversas zonas marítimas, sobre todo en el océano Índico. Con referencia al comercio islámico, sus actividades de carácter marítimo tuvieron gran duración y consistencia, de forma que más de un autor ha escrito que los éxitos pasados del Islam no se debieron sólo a sus famosos jinetes militares, sino muy especialmente a sus hombres de mar, y en tal sentido figurará como una leyenda de antología la de Simbad el Marino, en el océano Índico.



Miniatura de un manuscrito árabe del siglo XIII que representa una camellera conduciendo un rebaño de dromedarios (Biblioteca Nacional, París).

Sin embargo, fue en el Mediterráneo, en el antiguo *Mare Nostrum* romano, donde se dibujó la gran aventura del florecimiento del Islam. Analizando fríamente la presencia musulmana a través de los siglos en el mundo marítimo mediterráneo, podemos observar tres fases: una primera, capital, claramente victoriosa; una segunda, de retroceso creciente, y finalmente una tercera, de irreversible decadencia y derrota.

En efecto, aunque, a pesar de la conquista de Siria, Egipto y otros puntos del Mediterráneo oriental, la competencia con Bizancio no acabó de otorgar al Islam la plena posesión de la parte este del antiguo *Mare Nostrum,* es evidente que durante mucho tiempo el Islam fue el auténtico señor del Mediterráneo occidental, completada la conquista de África del Norte, de España y de Sicilia. Fue ésta la gran etapa de esplendor musulmán en todos los terrenos. Así, Creta sería conquistada en 825 por marinos andaluces; los tunecinos se instalaron entre 827 y 902 en Sicilia. Y dicha isla conoció un auge importante, convirtiéndose en el corazón de un Mediterráneo musulmán con Palermo, verdadera joya instalada en medio de la Cuenca de Oro, transformada por la irrigación en lo que los cronistas llamarán un verdadero "jardín del paraíso".

Paralelamente, los musulmanes no sólo se instalaron de forma sólida y estable en las Baleares, que sería un archipiélago fundamental para sus operaciones en el Mediterráneo occidental, especialmente para ga-

ECLECTICISMO SOCIORRELIGIOSO MUSULMAN Y FLORECIMIENTO DE LOS RECURSOS ECONOMICOS DEL PODER POLITICO

Tolerancia religiosa (que respeta las creencias de grandes sectores dominados) = Volumen importante de los ingresos derivados de los impuestos pagados por los no musulmanes

La capacidad islámica de compaginar su espíritu de "guerra santa" con un pragmatismo tolerante permitió aumentar la riqueza y el poder de la época de máximo esplendor califal.



La mezquita del sultán Hassán, en El Cairo, construida en el siglo XIV.

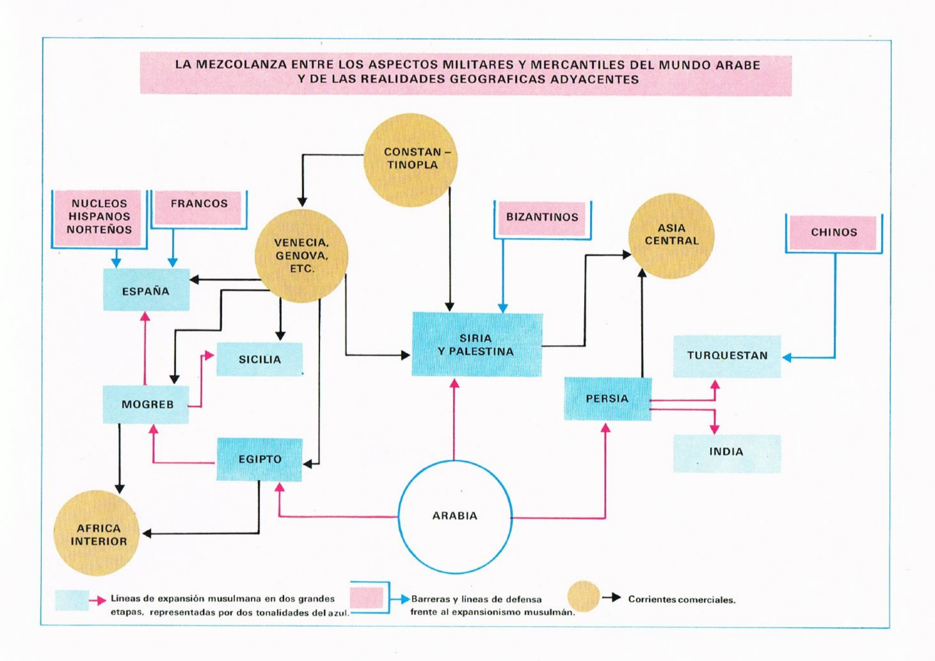
rantizar la navegación entre España y Sicilia, sino que se establecieron de forma más o menos esporádica en diversos puntos de Córcega y de Cerdeña, así como en Provenza, por corto tiempo, y aprovecharon incluso la ocasión para amenazar a Roma, desembarcando con toda tranquilidad en la desembocadura del Tíber.

En esta época es cuando lo marítimo señala el índice más destacado del desarrollo de la sociedad y la economía musulmanas. Facilita la expansión y la respiración de sus ciudades, especialmente las marítimas; tal es el caso de Alejandría (anexo de la enorme metrópoli interior de El Cairo), Palermo, Túnez, Bugía, Argel, Orán, Almería y la zona del Guadalquivir, con Sevilla (anexo de Córdoba, la gran ciudad musulmana de Occidente).

Señalada la importancia de los elementos marítimos en la economía mercantil islámica, no podemos pasar por alto otro elemento: el tráfico caravanero. Diversos autores han coincidido en señalar que el mundo musulmán no sería nada sin las rutas que atraviesan de parte a parte su cuerpo, más o menos desértico. Dichas rutas le animan y dan vida; constituyeron durante siglos su riqueza, su verdadera razón de ser, incluso su civilización. En este sentido no es exagerado utilizar, para el espacio musulmán, la denominación de "continente intermediario". Hasta las vísperas del descubrimiento de América, el conjunto islámico controló el Viejo Mundo, poniendo en contacto sus diversas áreas culturales y económicas. Extremo Oriente, Europa, África negra, todo pasa por el Islam durante muchos siglos.

El mundo islámico fue durante siglos el único sector mundial que hizo circular con provecho el oro del Sudán, los esclavos negros y de otras razas, la seda, la pimienta, las perlas del Extremo Oriente. En Asia y África monopolizó el comercio de Levante, etc. Toda una serie de rasgos otorgan, pues, al Islam la característica de ser una civilización y una economía de tránsito, de movimiento, lo cual, junto a navegaciones más o menos complejas, supone la existencia de una múltiple circulación caravanera, que otorgará al negocio mercantil musulmán una de sus características más peculiares.

A pesar de que en algunas regiones exis-



ten elefantes y por todas partes, más o menos, pueden utilizarse caballos y asnos, las caravanas son fundamentalmente expediciones mercantiles efectuadas por el trabajo de los camellos. Para dar idea de lo que representan estas expediciones caravaneras es preciso indicar que un camello de albarda puede llegar a transportar hasta tres quintales de carga útil. Y una caravana bien organizada reúne entre 5.000 y 6.000 camellos, de forma que por su volumen o capacidad global de transporte puede compararse a un velero de carga muy capaz. Paralelamente, una caravana, al tener la envergadura que acaba de apuntarse, tiene características militares muy acusadas: tiene un jefe, unos dirigentes, unos reglamentos, unas etapas obligadas, etc.; obliga a tomar una serie de precauciones de carácter más o menos ritual, especialmente contra los nómadas dedicados a saquear caravanas, con los que se descubre que es más rentable llegar a acuerdos que supongan el pago de determinados cánones o cantidades fijas.

La organización caravanera suponía también unas estaciones o centros de concentración. Es decir, a lo largo de las distintas rutas, a distancias fijas, prácticamente a cada jornada de marcha, salvo en pleno desierto, podían encontrarse las construcciones, a veces de grandes proporciones y capacidad, de los denominados *jans* o caravasares, especie de alfóndigas –nombre típicamente árabe– particularmente preparadas para dar cabida a los núcleos caravaneros. Estas estaciones caravaneras llegaron a revestir gran importancia, señalando hitos muy claros y decisivos de una cultura, una sociedad y un determinado tipo de economía. Los viajeros extranjeros que tuvieron ocasión de conocerlas nos han dejado el testimonio, a veces detalladísimo, de la realidad de estos pabellones gigantescos y de sus comodidades. Algunas de estas estaciones subsisten actualmente, como los impresionantes *jans* de la ciudad de Alepo.

Entendido el conjunto islámico como un continente intermediario, en el que tanta importancia podían llegar a tener los aspectos marítimos del tráfico como los terrestres, es evidente que una de las piezas fundamentales de la economía musulmana en su época



Una ilustración del "Maqamat", de al- Hariri, que reproduce, en la parte superior, a un mercader pesando denarios de oro y concertando una venta, y en la parte inferior, a un musulmán que elige mercancía humana entre un grupo de esclavos blancos y otro de negros (Biblioteca Nacional, París).

de esplendor es la que resuelve las relaciones entre el conjunto del sistema caravanero y la organización de las flotas marítimas. Tales relaciones son la pieza fundamental de un sistema de tráfico que abarca variados sectores y materias. En este sentido, la mezcla entre lo caravanero y lo marítimo no solamente da pie al auge de un tipo de intermediarios, sino a la realidad de una compleja y extensa organización que podríamos denominar precapitalista o paracapitalista, muy semejante en algunos aspectos a la que surgirá en Europa occidental en el período comprendido entre la revolución comercial y urbana y la aparición, a fines del siglo XV, del capitalismo inicial propiamente dicho.

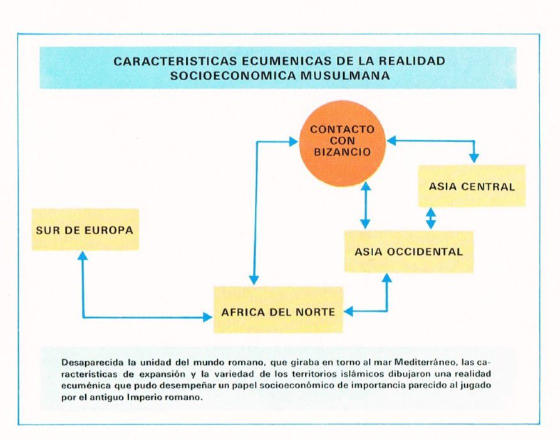
El eje de esta complicada organización es el estamento de grandes comerciantes, que podían ser musulmanes o no musulmanes, entendiendo por este último término no solamente a judíos, sino también a cristianos: venecianos, genoveses, barceloneses, etc. En este sentido, según subrayan eminentes autores como F. Braudel, son sumamente significativos los datos proporcionados por la correspondencia de los comerciantes judíos de El Cairo, a partir de la época de la primera cruzada (1095-1099). Tal correspondencia demuestra claramente que la organización musulmana en el campo económico conocía las más diversas variedades crediticias, los más distintos sistemas de pago y, paralelamente, las más variadas formas de asociación comercial; este hecho hace que no sea cierto que los primeros grandes pasos en los campos del crédito, el pago y la asociación mercantil hayan tenido su cuna en Italia, tal como comúnmente ha venido aceptándose por muchos historiadores.

La realidad de los grandes comerciantes era la que vinculaba la empresa caravanera con la organización marítima y aseguraba, por tanto, las diversas formas de comercio a larga distancia: comercio del coral desde

La mezquita de Ibn Tulún, en El Cairo, es una construcción de ladrillo y su alminar imita la arquitectura abbasí de Samarra.

África del Norte hasta la India; transporte de esclavos adquiridos en Etiopía hasta rentables centros mediterráneos; traslado de hierro, pimienta y especias orientales desde las Indias a puertos italianos o análogos. Todo ello se realizaba con relativa regularidad, dejando grandes beneficios a las personas que manejaban las redes de dicho tráfico, un tráfico internacional de enormes proporciones que no podía dejar de tener unas dimensiones sociales de envergadura, ya que su funcionamiento implicaba, al mismo tiempo, un enorme movimiento de energía, de dinero, de mercancías y de hombres, de muchos hombres.

De acuerdo con tal perspectiva no puede extrañar la fabulosa amplitud, dada la reali-



Desaparecida la unidad del mundo romano, que giraba en torno al mar Mediterráneo, las características de expansión y la variedad de los territorios islámicos dibujaron una realidad ecuménica que pudo desempeñar un papel socioeconómico de importancia parecido al jugado por el antiguo Imperio romano.



Miniatura de la escuela de Bagdad que representa una embarcación de la India islámica (Biblioteca Nacional, París). En la Edad Media, el Islam fue intermediario en el tráfico comercial entre Europa y Extremo Oriente.

dad de la época y la relativa consistencia de los medios con que se contaba, de los diversos itinerarios de los viajeros árabes dedicados al comercio. Los mercaderes se mueven y los testimonios respecto a tal movimiento a veces recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches*. Tal es el caso conocido, por ejemplo, de un marroquí llamado Ibn Batuta, que nació en Tánger en 1309 y que entre 1325 y 1349 había realizado ya lo que entonces se conocía como viaje alrededor del mundo. Un fabuloso viaje que comprendía Egipto, Arabia, Bajo Volga, Afganistán, India y China. Además, Ibn Batuta había penetrado en regiones relativamente meridionales de África en 1352, llegando al país de los negros y al borde del Níger, donde se quejaría de la falta de atenciones que le tuvieron los sudaneses, a pesar de ser musulmanes como él y a pesar de prestar estas mismas atenciones a los viajeros blancos. El mismo Ibn Batuta encontró en Sichilmassa, la ciudad del oro, a un compañero y compatriota de Ceuta, hermano de otro viajero que había conocido años antes en China. Sería apasionante efectuar un estudio sociológico de tales viajes y de los hombres que realizaban tales itinerarios. En su época de esplendor, el Islam tuvo en cuenta la importancia de tales hombres itinerantes y montó un tipo de hospitalidad musulmana, muy parecida a la famosa hospitalidad rusa, para acoger debidamente a estos hombres que se movían desde el Atlántico hasta el Pacífico y a los que intentó dar facilidades para que no abandonaran jamás su tarea.

Lógicamente, a pesar del peso importante de lo agrícola, la envergadura social y económica del tráfico mercantil antedicho sólo puede entenderse y concebirse a partir de la existencia de importantes ciudades en el conjunto islámico, que, además de su función de concentrar artesanos y realizaciones industriales complementarias, constituirían el verdadero motor de una circulación inmensa. No se trata sólo de los nombres tópicos de Bagdad, Damasco, El Cairo, Alejandría, Córdoba, etc., sino de un conjunto abundante de núcleos urbanos, a través de los cuales pasa y se conecta todo el inmenso tráfico que hemos venido apuntando (mercancías, animales de carga, hombres...),



y junto con él la comunicación de los más preciados bienes culturales. La imagen de Córdoba con su millón de habitantes, con su perímetro de varios kilómetros, con sus centenares de mezquitas, bibliotecas, casas de baños, hospederías, etc., es un ejemplo de estas ciudades clave.

A grandes rasgos, estas ciudades, centros neurálgicos de la vida social y económica, se parecen. Son un cúmulo de calles estrechas, casas amontonadas, centros de reunión, de animación, de bullicio, de negocios, con bazares o barrios de negociantes, situados generalmente junto a la gran mezquita, junto con los artesanos, que ocupan posiciones en teoría concéntricas a dicha mezquita. En primer lugar, el espacio dedicado a los fabricantes y los comerciantes de perfumes y de incienso; a continuación las tiendas de telas y mantas, las joyerías, los establecimientos de alimentación y, por último, los lugares destinados a los oficios considerados menos nobles: curtidores, zapateros, herreros, olleros, tintoreros, etc. Además, las alfóndigas o lugares para cobijar los animales de carga, los viajeros y las mercaderías de tránsito.

Se trata, en realidad, de un caos lleno de vida y animación que orientaba y situaba las diversas corrientes del comercio, del tráfico y de la cultura universal: las plantas más o menos exóticas (medicinales, caña de azúcar, algodón), el papel, los gusanos de seda, la brújula, los números hindúes (llamados precisamente árabes), la pólvora de cañón, las medicinas, etc. Bienes mercantiles y culturales que transmitían a veces los gérmenes de las más terribles enfermedades epidémicas, enfermedades venidas de la India, de China (el cólera, la peste, etc.).

Hoy día, todos los especialistas están de acuerdo en considerar que, iniciado el expansionismo musulmán en el siglo VII, las etapas de apogeo y esplendor del Islam deben situarse entre los siglos VIII y XII. Es decir, el florecimiento del Islam se forjó en muy poco tiempo, aunque los gérmenes de su desarrollo, en Arabia, precisaran de muchas generaciones para conseguir dar fruto. Analizando las etapas de expansión y de apogeo musulmanes se observa que, a pesar de la predicación de la guerra santa que mueve al jinete árabe, los conquistadores tratan de montar un complejo politicosocial que no aspira a la conversión al Islam de los sometidos, sino que trata más bien de conseguir todo lo contrario.

En los esquemas básicos de este imperialismo primerizo existe una idea socioeconómica y fiscal fundamental: se trata de provocar pocas conversiones y de tener, en cambio, muchos tributarios. En este sentido, los conquistadores se limitarán a explotar las ricas civilizaciones de las diversas sociedades que iban cayendo en su poder: Persia (el mundo de los sasánidas), Siria, Egipto, África (es decir, el África del Norte y, concretamente, el África romana, la Ifriqya de los árabes) y España. En ciertos momentos, si los cristianos trataban de convertirse al islamismo eran condenados al látigo. Tal comportamiento partía de una idea fiscal sumamente simple: el pago de impuestos solamente

Miniatura persa del siglo XVI con una escena del interior de una mezquita, que muestra a varios orantes en diversas actitudes (Museo Británico, Londres).





Una pintura iraní del siglo XIV en que aparecen los famosos jinetes árabes, que tantos éxitos cosecharon para el Islam en el período de su expansión (Museo del Louvre, París).

afectaba a los no musulmanes, de modo que los nuevos conquistadores, al impedir el aumento del número de creyentes, no disminuían sus rentas, antes al contrario.

Tal estado de cosas sólo podía durar un período relativamente limitado; en efecto, al cabo de un siglo, los maulas, es decir, los conversos comenzaron a cobrar su desquite y a asumir un papel importante en la vida del Imperio islámico. Los persas, de manera especial, iban a desempeñar un papel muy importante en este nuevo cambio. En efecto, con los abbasidas empieza a originarse una serie de cambios significativos. La capital del califato pasa de la antigua Damasco de los omeyas a Bagdad. El Imperio se orientaliza. Es la época de aparición y crecimiento de grandes ciudades que dirigen todo el comercio: de Samarra (836), de Basora, de El Cairo, de Túnez (nueva encarnación de la antigua Cartago), Córdoba, etc.

En esta etapa, el Islam alcanza sus fronteras exteriores fundamentales y desde entonces su expansión comienza a encontrarse bloqueada por resistencias y réplicas de diversos pueblos (francos, bizantinos, hispanos del norte de la península ibérica). En contrapartida, se organiza dentro del mundo musulmán un tipo de economía capaz de crear extraordinarias fortunas y que se apoyará sobre la relativa uniformización de lo que podría denominarse una "economía de mercado" y a través del funcionamiento de una potente economía monetaria, montada a imitación de los patrones romanos y bizantinos. Las líneas de esta dinamización económica parten, en notable proporción, de la potenciación de los productos agrícolas. Es decir, se va a una comercialización creciente de la agricultura. Los excedentes agrícolas serán transportados hacia puntos donde puedan dar buenos beneficios, con-

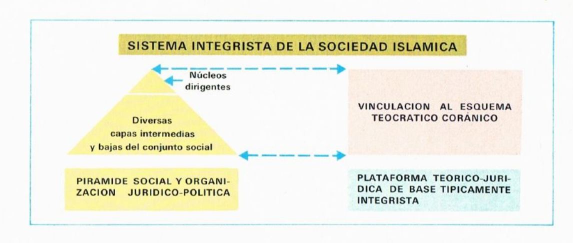
virtiéndose especialmente en mercancías destinadas a alimentar a las ciudades cuyo fabuloso crecimiento acabamos de apuntar. Para darnos idea de las dimensiones de tal tipo de comercialización nos limitaremos a señalar que el comercio de dátiles movilizaba más de 100.000 camellos de albarda. El de melones también tenía gran importancia. Algo parecido ocurre con el cultivo de la caña de azúcar. En esta etapa no solamente se aprovechaban todas las posibilidades de mejora conocidas, sino que se pasa a buscar nuevos procedimientos que sean ventajosos (molinos de agua, de viento, etc.).

A partir del aprovechamiento de la base agraria, otros tipos de producción adquieren importancia y son aprovechados al máximo por los dirigentes islámicos: minería del hierro, industrias textiles (lino, seda, algodón, lana), producción de tapices (en Bujara, Armenia, Persia), importación, principalmente en Basora, de quermes e índigo en grandes cantidades para teñir las telas de rojo y azul, etcétera. Paralelamente, la circulación monetaria se complica y, al propio tiempo, se dibuja un tipo de sociedad más compleja, con mayores tensiones entre ricos y pobres, etc.

En sus momentos de esplendor, el Islam contó con una población que osciló entre 30 y 50 millones de habitantes. Una cifra verdaderamente baja y que planteó problemas a todos los niveles: problemas de gobierno, de comercio, de guerra, de vigilancia militar, etc. Para cumplir con todas sus finalidades, el Islam tuvo que aceptar en todas partes a los hombres tal como los encontraba, explicándose de este modo la existencia, en el mundo musulmán, de un tipo de tolerancia que el mundo occidental jamás practicó.

Al margen de esta tolerancia y dibujando un tremendo contrapunto, el Islam se planteó el problema de falta de hombres como un problema de mercancía, de tipo mercantil. Aquí radica una de las notas fundamentales del Islam clásico: el mundo islámico floreciente fue una civilización esclavista por excelencia. El peso del esclavismo ha gravitado sobre el mundo musulmán de una forma terrible (cristianos de Europa hechos prisioneros en el mar por los propios musulmanes; esclavos revendidos por los cristianos europeos; negros de África, abisinios, indos, caucasianos, etc.). Y el comercio del hombre se unió a los productos que hemos ido canalizando anteriormente.

En ocasiones, algunos esclavos consiguen prosperar, como ocurrió con los mamelucos de Egipto en la época en que fracasaba la cruzada de San Luis (1250). Algo parecido ocurriría con algunos de los famosos jenízaros. Pero, en general, la vida del esclavo sería terriblemente negativa y su realidad empañará buena parte de la cultura musulmana, que, por motivos muy diversos, será propicia a crear cazadores o traficantes de esclavos en todas las épocas, incluso en nuestros días.



A pesar de la importancia extraordinaria revestida por ciertos recambios, alguno de ellos muy importante, tal como ocurre con el caso del Imperio turco hasta el siglo XVIII,



Un sabio musulmán escribiendo en una larga hoja de pergamino, según detalle de una miniatura persa del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París).

Con indumentaria, armas y costumbres del siglo XV, esta miniatura persa de la época representa a un sultán del siglo XI rodeado de su séquito y que dialoga desde su caballo con una anciana que le sale al paso (Museo Británico, Londres).



Sociedad y cultura ecuménicas por antonomasia, el mundo islámico pudo vivir una amplia etapa de florecimiento imperialista gracias a la combinación de elementos de tipo muy diverso que, a su vez, al entrar en crisis parte de ellos, serían la plataforma decisiva que dibujaría la futura definición de los puntos de regresión del expansionismo musulmán.

la desmembración del califato supuso una etapa paulatina de decadencia del mundo musulmán, que fue arrastrando una vida arcaica, dificilmente comprensible y a cuyo declive contribuirían no sólo la presencia amenazante de núcleos bárbaros y de factores geográficos negativos (el desierto, por ejemplo), sino las ventajas que fue tomando la civilización del occidente cristiano a partir del siglo XV, con el descubrimiento de América y con la penetración en el Índico (rutas de Vasco de Gama, etc.), que dejaron las actividades mercantiles de los musulmanes en un lugar mucho menos importante y decisivo.

SENTIDO TEOCRATICO DE LA ORGANIZACION SOCIAL ISLAMICA

La civilización islámica, en su etapa de mayor expresión y florecimiento, ofreció la imagen aparentemente contradictoria de una capacidad efectiva por "digerir" dentro de su seno importantes contingentes no musulmanes (mozárabes, coptos, etc.), junto a una estructura general de tipo integrista, caracterizada por una organización social muy simple, apoyada sobre los esquemas teocráticos coránicos. La explicación de esta aparente contradicción tiene también una fundamentación simplista de base religiosa: el fiel musulmán podía tolerar la presencia de "infieles" no convertidos al islamismo, a condición de pagar un impuesto como castigo de esta "resistencia" a no aceptar la "religión salvadora" que se contenía en el Corán. De esta forma, quedaban salvadas las apariencias. La mentalidad y el ímpetu de "guerra santa" podían ser compatibles con la tolerancia de "infieles" en territorio musulmán a cambio de un impuesto especial que gravaba la economía de los no musulmanes. Y tal impuesto aparecía como un "castigo" para el "infiel" y, al propio tiempo, procuraba una entrada importante para el fisco islámico.

Por ello, la organización teocrática de la sociedad musulmana podía revestir una doble característica: una simplicidad integrista de jerarquía y división social y una capacidad por contener en su seno a elementos no islámicos. En definitiva, lo islámico imperaba sobre los elementos no musulmanes y ello, por tanto, no impedía la organización teocrática de una sociedad compleja, que se regía por un código religioso (el Corán) y que tenía una cabeza visible, el califa, que reunía en su persona las máximas atribuciones espirituales y temporales, el máximo poder religioso y político. Un poder que en el mundo cristiano (dentro del esquema teórico imperial) estaba dividido en dos cabezas o figuras: el emperador —poder temporal— y el papa —poder espiritual—.

La unidad teocrática de la estructura califal era la que otorgaba las máximas garantías de fuerza a una organización social de apariencia muy simple y con posibilidades de poder ser resquebrajada con facilidad. El poder de los núcleos dirigentes en el mundo islámico partía de su proximidad con las fuentes de legitimidad religiosa y los núcleos menos poderosos en la escala social lo eran, en principio, debido a su alejamiento de las fuentes de pureza de sangre que otorgaba la legitimidad religiosa (teórico poder de los árabes, parientes de Mahoma, etc.), hasta llegar a los núcleos menos favorecidos de la sociedad musulmana, los esclavos, que, al igual que en todas las sociedades antiguas, tenían la consideración legal de cosas y eran, en principio, botín de guerra.

La mencionada organización simplista de la sociedad del mundo islámico recibió evidentemente la influencia de los núcleos que fue dominando, en especial persas (herederos de una compleja organización político-administrativa multisecular), que se tradujo en profundas infiltraciones de elementos nuevos en la cúspide del poder, demostradas, por ejemplo, en el traspaso de la capitalidad de Damasco a Bagdad, o en la lucha —clarísima en España— entre diversos elementos raciales (beréberes, sirios, etc.) que deseaban ocupar posiciones más firmes o más ventajosas del poder.

Todo ello, evidentemente, favorecería, en las altas esferas de la organización jerárquica del mundo musulmán, una serie de movimientos paralelos hasta cierto punto a la fragmentación feudal del occidente cristiano, y dibujaría las líneas de la futura división califal en favor del predominio de grandes señores (emires, sultanes, etc.) que mantuvieron, a su vez, dentro de su parte fragmentada las líneas fundamentales de la organización social musulmana, al propio tiempo teocrática y simplista y, asimismo, abierta a la tolerancia de elementos no islámicos, lo cual explica, por otra parte, la relativa incapacidad por variar los esquemas de civilización, de organización y de vida particular y colectiva que durante siglos ha venido constituyendo el verdadero talón de Aquiles de lo que llegó a ser el impresionante mundo imperial islámico.

Un talón de Aquiles de importancia extraordinaria y que puede ayudar a comprender cómo el floreciente mundo musulmán de las primeras etapas islámicas haya podido ir derivando, a lo largo de los siglos, hacia extremos en que se ha producido cierto tipo de novedades de carácter arcaico y cerradas a todo tipo de progreso. En resumen, la organización teocrática del complejo social musulmán encerraba en sí misma gérmenes de difícil solución y que tenderían a dibujar perspectivas menos favorecidas que las típicas de la época de esplendor califal, en la plenitud del mundo islámico.

A. J.

Poco a poco, casi insensiblemente, la cultura y la sociedad que habían producido figuras como Al- Kindi, Al- Farabi, Al-Gazali o Averroes fueron cayendo en una lamentable mediocridad que cuesta, en principio, mucho de comprender y que presenta, sin duda, una serie importante de interrogantes históricos a los que costará mucho de responder.

El declive musulmán, por otra parte, no es ningún fenómeno inédito. Otras muchas civilizaciones han pasado por traumas parecidos. Por ello, en lugar de entretenernos en los detalles de decadencia creemos más positivo poner de relieve una serie de características que constituyen el legado social y económico de los musulmanes a la historia de la humanidad y concretamente a la historia de Occidente. Un legado importante y del que es testimonio tangible buena parte de España, por ejemplo.

Los musulmanes enseñan al mundo occidental la práctica de muchas actividades mercantiles, junto con el esbozo de un espíritu de tolerancia que caracterizaría más tarde a la naciente burguesía cristiana. Traspasaron al mundo occidental una serie de conocimientos culturales de gran utilidad. Perfeccionaron sistemas agrarios, introdujeron costumbres campesinas, etc. Difícilmente puede comprenderse la historia de Occidente sin tener en cuenta el espíritu de aventura que los árabes traspasaron a los nuevos comerciantes cristianos, sin tener en cuenta la realidad de las alfóndigas, de los contactos caravaneros, la mezcolanza en los mercados medievales, el peso de unas realidades que llevaría a un Fernando III el Santo, con motivo de la conquista de Sevilla, a titularse rey de las tres religiones (cristiana, musulmana y judía).

Nombres mercantiles, monetarios, sistemas contables, formas de sociedad, instituciones, etc., una serie de realidades sociales y económicas del occidente cristiano tienen

Placa de marfil de la cara lateral de un cofrecillo egipcio del siglo XI con decoración inspirada en temas iraníes (Museo del Louvre, París).



su raíz en la práctica musulmana. El legado del Islam entre nosotros ha sido mucho mayor de lo que muchos imaginan. Y ello ha marcado, en buena parte, el arranque de una etapa histórica que, después del éxito del movimiento iniciado con la revolución comercial (paralela a las primeras cruzadas), llevaría a la plenitud del capitalismo inicial.

Al margen del legado islámico y de sus supervivencias en el mundo cristiano, la experiencia de la realidad histórica musulmana abre el camino a una serie de reflexiones que pueden ser sumamente positivas. En primer lugar hay que destacar cómo unas miserables tribus nómadas del desierto de Arabia, a base de una creencia profunda en un destino histórico, crearon un imperio universal. En segundo lugar cabe comprobar cómo la realidad simplificada deja de serlo a partir del momento en que toma una envergadura determinada. Así, el primitivo imperio patriarcal de los sucesores de Mahoma debía dejar paso a la complicación de los abbasidas, que, al propio tiempo, cambiaron sin querer la idea primitiva que había alimentado el imperialismo árabe.

La complicación de los abbasidas representó no solamente una orientalización del Islam, sino una desviación esencial de los objetivos primitivos de la sociedad y economía islámicas, demostrando al propio tiempo la capacidad musulmana para adaptarse a diversas circunstancias. Por ello no

Envuelto en una aureola de llamas, frecuente en los manuscritos árabes, un imán recibe el juramento de fidelidad de sus súbditos, que uno tras otro pasan a estrecharle la mano, según miniatura persa del siglo XVI (Museo Británico, Londres).

PERSPECTIVA COMPLEJA DE LA DECADENCIA SOCIOPOLITICA Y MILITAR ISLAMICA

El carácter teocrático del complejo mundo conquistado por los sucesores de Mahoma, con sus luchas familiares y dogmáticas, ya apuntaba, desde el momento de la matanza de los omeyas, los gérmenes de la futura decadencia militar, política, cultural y económica del Islam. En efecto, pasado el ímpetu conquistador de los primeros "creyentes" y agotadas las inmensas reservas económicas del califato, no podía extrañar a nadie que las disidencias que se manifestaron desde las primeras etapas (recuérdese a este respecto el caso de España) fueran tomando mayor entidad y dieran pie a un movimiento aparentemente contradictorio de decadencia. Vale la pena tratar con detalle esta cuestión, pues, pongamos por ejemplo, el impresionante expansionismo imperialista de los musulmanes turcos no significa, ni mucho menos, una recuperación de todo el anterior complejo mundo islámico.

Al contrario, el crecimiento del fenómeno turco, que en Occidente, en el mundo cristiano europeo, hizo perder de vista muchas cosas respecto a la realidad islámica, no hace más que encubrir un lento pero progresivo período de oscurecimiento, de estancamiento y de "oscurantismo" musulmán, empobreciendo una economía que había sido sumamente floreciente, cerrando vínculos entre regiones que tuvieron un tráfico extraordinariamente rico y dibujando un inmovilismo agrícola y ganadero que representó un evidente retroceso respecto a las grandes ciudades que habían llegado a ser Bagdad, Damasco, Alejandría o Córdoba.

Paulatinamente, la vida mercantil va perdiendo peso decisivo en las diversas regiones musulmanas. La economía se empobrece, la cultura se reduce a los más estrictos y cerrados horizontes de una organización agrícola atrasada y sin perspectivas de mejoras. Florecientes regiones se convierten en verdaderos desiertos. Antiguas ciudades pasan a ser un montón de ruinas, etc.

Constituye, sin duda, uno de los capítulos más interesantes de la investigación histórica y sociológica seguir con detalle el complicado proceso que, a pesar del innegable florecimiento del Imperio turco, no pudo impedir que, a la larga, el esplendor de las etapas califales fuera paulatinamente, casi insensiblemente, cediendo terreno a una serie de realidades negativas que han convertido buena parte del que fue, en ciertas épocas, un mundo dinámico y emprendedor, en una compleja suma de elementos anacrónicos, incapaces de recuperar antiguas perspectivas de desarrollo y de vitalidad y de perder el carácter de núcleos ruinosos, que constituyen sólo un pálido recuerdo de su pasado esplendoroso.

Evidentemente, factores marginales a la misma realidad musulmana, como el florecimiento de la parte occidental de Europa, el auge atlántico, el descubrimiento de América y la orientación colonial europea hacia aquellas regiones, pueden ayudar a situar una decadencia que, a pesar de los turcos, de la conquista de Constantinopla, de sus ataques al Imperio austríaco, no es posible enmascarar y que en épocas más cercanas alcanzará incluso a las mismas zonas típicas del Imperio turco, preparando las bases de su desmembramiento, hasta el punto de ser considerado el gran enfermo de Europa.

No sabemos exactamente qué pasó. Desconocemos los factores reales de una profunda decadencia política, social y económica que ha llegado hasta el extremo de que la mayor parte de los antiguos territorios de la esplendorosa época califal constituyeron colonias o "zonas de influencia europea". No sabemos realmente cómo pudo desmembrarse un conjunto histórico de gran vitalidad. Pero, en los mismos momentos de gran esplendor califal, algunos autores comenzaron a comprender el alcance de la euforia y la vitalidad de que daba muestras el Islam y sus testimonios se suman a los datos que, desde un principio, daban idea de que la plenitud islámica iba a ser precaria y delicada y, en conjunto, iba a dibujar una de las mayores incógnitas de la historia, a saber, qué factores dibujaron a través de los tiempos los gérmenes de desmembración y decadencia de una de las civilizaciones más florecientes de todos los tiempos. Unos gérmenes que no acaban de ser detectados de forma clara y que encierran apasionantes elementos de investigación para el historiador y para el sociólogo.

En todo caso, no sería justo dejar arrinconado el tema de las precariedades estructurales musulmanas, que conducirían a un estancamiento cultural, social y económico, sin tener en cuenta que en otros sectores del planeta ocurrieron hechos parecidos que asimismo dieron o han dado base a plataformas de retroceso parecidas a las que hemos apuntado para el mundo islámico.

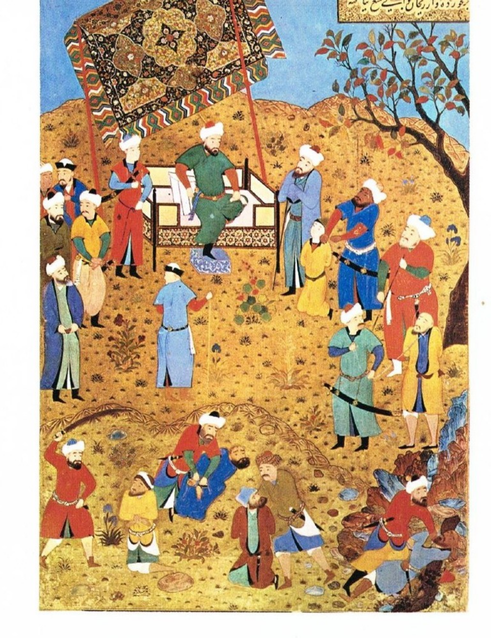
A. J.

sería correcto terminar unas consideraciones sobre la sociedad y la economía musulmanas sin referirnos de algún modo a las perspectivas actuales del mundo islámico.

Al margen del error de muchos historiadores al dejar de lado la historia musulmana en su época de expansión y de florecimiento, es un error, quizá mayor, ignorar el papel que el Islam juega en el presente y jugará en el futuro. Máxime cuando este mundo musulmán que había caído bajo la órbita occidental se ha independizado, ha adquirido conciencia de su realidad y ha encontrado, además, fabulosas fuentes de riqueza, como puedan serlo, por ejemplo, el petróleo y el gas natural.

El mundo islámico no es, pues, una realidad arqueológica, sino un conjunto de países activos, que suman varios centenares de millones de habitantes, que pesan en el momento histórico presente, que están tomando conciencia de su fuerza y que, de una forma u otra, tienden a crear una nueva unidad islámica como la que le caracterizó en épocas anteriores. Este mundo musulmán es un mundo que abarca además muchas razas y continentes, desde Yakarta en Indonesia a Dakar en África. No puede, pues, hablarse de lo islámico en pasado, sino que tiene que tenerse presente la realidad de este sector del mundo en el momento presente, con sus carencias, con sus potenciales bienes económicos, con su nacionalismo más o menos formulado, con su afán de desquite respecto a lo que consideran explotación occidental, etc.

El estudio de la realidad islámica, en conjunto, con sus oscilaciones, sus declives, sus tomas de conciencia, etc., desde el siglo VII de nuestra era nos muestra la permanencia de fenómenos que el mundo occidental ha pre-



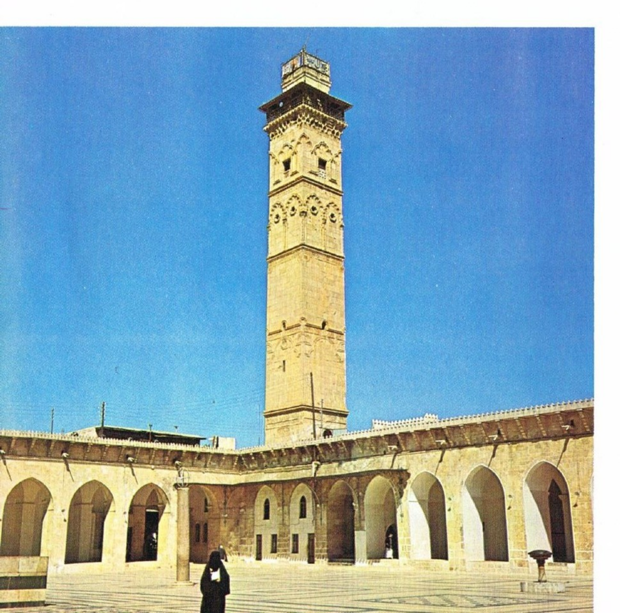
Esta miniatura persa del siglo XVI muestra a un soberano musulmán administrando justicia en el jardín de su palacio, donde ha instalado su trono, mientras unos servidores, en primer plano, ejecutan las sentencias (Biblioteca Nacional, París).

tendido, demasiado a la ligera, ignorar durante mucho tiempo. Hoy día, el impropiamente llamado tercer mundo: la RAU, Pakistán, Siria, Indonesia, etc., pesa de forma considerable como para no permitir echar por la borda muchos siglos de historia, quizá gris, quizá poco interesante para los occidentales, pero real y auténtica y que, a pesar de todos los pesares, ha mantenido viva la esencia básica del islamismo.

En el presente, los políticos, los economistas y los sociólogos no pueden en absoluto olvidar el peso real, firme, poderoso del conjunto islámico, lo que representa una lección para el historiador, especialmente para el historiador social y económico. Ninguna fuerza, por muchos síntomas de decadencia que presente, puede ser ignorada históricamente. Ello obliga, entre otras cosas, a seguir con detalle vicisitudes de numerosos núcleos islámicos no comprendidos en el Imperio turco y a considerarlos como elementos vivos que están pesando con fuerza propia en el presente.

La conciencia de actualidad del mundo islámico obliga a detenerse no en los aspectos más llamativos de la época de esplendor musulmán, en la que jugó un papel importante la vida mercantil y las prácticas artesanales anexas, sino en la raíz agraria que, desde un principio, hemos señalado como característica del mundo árabe. Observando dicha raíz agraria, presente en todos los momentos de la historia musulmana, es posible descubrir diversos elementos tipificadores de la sociedad y de la cultura islámicas. Entre ellos, el factor conservador que en sí contiene toda sociedad agrícola.

No es ningún descubrimiento reciente señalar que las sociedades campesinas contienen en su seno muchos más gérmenes de tradicionalismo y de conservadurismo que otro tipo de sociedades. La decadencia de grandes sectores del mundo islámico agudizó



El patio interior de la gran mezquita de Alepo, Siria, cuya primitiva construcción data del siglo VIII. Las partes principales de la obra actual fueron reedificadas en el siglo XII.

los factores agrarios fundamentales del mismo y, en consecuencia, reforzó el tradicionalismo musulmán. La realidad agraria básica del mundo islámico, en los diversos continentes, ha reforzado los elementos permanentes y básicos de su personalidad y ha actuado como una llama que mantiene el fuego sagrado por encima de anécdotas de colonialismo extranjero, de penetración occidental, etc.

Por ello, el mismo atraso de los pueblos islámicos en los últimos siglos ha actuado de factor aglutinante para que finalmente, en los momentos presentes, los diversos núcleos musulmanes no sólo hayan reaccionado contra la descolonización, sino que ha dado a todos ellos la ocasión de una toma de conciencia nacional de un valor indiscutible. A mayor retraso, podríamos decir, mayor capacidad de construir en el presente una nación musulmana. Éste fue un factor que no menospreció el mundo occidental y que, al presente, está jugando una baza importantísima en la historia del mundo y muy distinta de las diversas realidades históricas que, a través de los tiempos, ha podido ir digeriendo el mundo occidental típico.

Una caravana de mercaderes árabes, miniatura del "Maqamat", de al- Hariri (Biblioteca Nacional, París).





Rociador de agua de rosas, del siglo XII, plateado y decorado según el estilo persa, que se destinaba a contener el extracto de rosas con que los musulmanes perfumaban sus barbas y vestidos y condimentaban sus comidas (Institución Smithsoniana, Freer Gallery of Art, Washington).

Al igual de lo que está ocurriendo o puede ocurrir con otras realidades históricas no occidentales, el cúmulo de fuerzas diferenciales que giran en torno a factores aparentemente primarios de tipo teocrático y religioso (religión distinta de la cristiana, fórmulas jurídicas básicas mantenidas sobre una tradición ancestral) ha configurado un auge irreversible del mundo musulmán, cuya fuerza ha aumentado con el descubrimiento y la explotación de fuentes de energía capitales en el mundo moderno (petróleo, etc.).

Ante tal realidad es muy posible y conveniente plantearse el futuro crecimiento de una realidad diferente de raíz musulmana. De forma que en el Islam, cuya vida religiosa más o menos simple ha ido determinando secularmente cada acto de la vida, la técnica, servida por capitalistas o por marxistas, puede servir de elemento de rejuvenecimiento que fortalezca un fuego multisecular. En todo caso, la experiencia histórica nos enseña que el sueño o letargo de muchos núcleos mu-



Miniatura de un manuscrito persa del siglo XIV que cuenta la historia de Varahran Gor, rey de Persia en el siglo V, que combatió contra Bizancio y rechazó las invasiones que amenazaban a su país (Biblioteca Nacional, París).

sulmanes puede dar paso, cuando sea conveniente, a etapas de recuperación espectaculares.

La historia del Islam, postergada o abandonada por muchos historiadores, no solamente no ha muerto, sino que ha entrado en una de las etapas más espectaculares de su trayectoria: la etapa en que de un multisecular estadio agrario no renovador se pasa a un futuro cuyos horizontes son dificilísimos de predecir. Un futuro, sin embargo, trabado estrechamente con un pasado cuya realidad no conoce suficientemente el hombre de hoy, sobre todo en lo que hace referencia a sus aspectos sociales y económicos. Un pasado que debe ser estudiado cuidadosamente, entre otros motivos, por el peso específico que en el presente representa la sociedad islámica global.

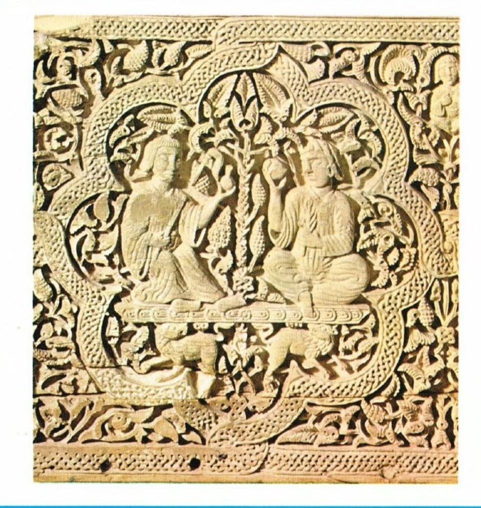


Jarra fatimí del siglo XII de cerámica vidriada con decoración monocroma (Victoria and Albert Museum, Londres).

Un alto magistrado del gobierno del Egipto musulmán recibe en audiencia a un matrimonio de súbditos, según miniatura de un manuscrito árabe del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París).

BIBLIOGRAFIA

Bennabi, M.	*Vocation de l'Islam,* París, 1954.
Berque, J.	*Les Arabes d'hier et de demain,* París, 1964.
Brockelmann, C.	*Histoire des peuples et des États islamiques depuis les origines jusqu'à nos jours,* París, 1949.
Gardet, L.	*La cité musulmane, vie sociale et politique,* París, 1954.
Gaudefroy-Demonbynes, M.	*Les institutions musulmanes,* París, 1950.
Gautier, E. F.	*Moeurs et coutumes des Musulmans,* París, 1961.
Hitti, P. K.	*History of the Arabs,* Londres, 1949.
Planhol, X. de	*Le monde islamique,* París, 1957.
Rondot, P.	*Le monde musulman, de Dakar à Djakarta,* París, 1950.
Sauvaget, J.	*Introduction à l'histoire de l'Orient musulman; éléments de bibliographie,* París, 1945. *Introduction à l'histoire de l'Ouest musulman,* París, 1961.
Wiet, G.	*Grandeur de l'Islam,* París, 1961.



Detalle de la pared lateral de una arqueta arábiga de marfil del siglo XI (Museo de Navarra, Pamplona). La decoración es la característica del arte islámico: motivos animales, vegetales y humanos graciosamente combinados con otros geométricos.